

CAPÍTULO 1



En una ocasión, alguien me dijo que, sólo en Francia, todos los años se entregan un cuarto de millón de cartas de gente que está muerta.

Lo que no me dijo es que, a veces, los muertos contestan.

CAPÍTULO 2



Martes, 10 de agosto

Llegó con el viento de ramadán. En aquella época, por supuesto, yo lo ignoraba. En agosto, París es ventoso, y el polvo genera pequeños derviches que patinan por las aceras y las peinan, dejando brillantes motas de polvo en los párpados y en la cara, mientras el sol fulmina como un ojo ciego y nadie se siente con ánimos para comer. Básicamente, París está muerto, salvo por los turistas y la gente como nosotros, que no puede tomarse un día libre. El río apesta, no hay sombra, y harías casi cualquier cosa por caminar descalzo por el campo o sentarte bajo un árbol en el bosque.

Evidentemente, Roux sabe lo que eso supone. Roux no estaba hecho para la vida urbana. Y cuando Rosette se aburre, hace travesuras. Yo preparo chocolatinas que nadie va a comprar y Anouk se mete en el cibercafé de la Rue de la Paix a hablar con sus amigos de Facebook o se pasea por el cementerio de Montmartre, observando a los gatos callejeros que merodean entre las tumbas mientras el sol cae como una guillotina entre rebanadas de sombra.

Anouk con quince años. ¿Adónde va el tiempo? Como el perfume en un frasco, por muy bien sellado que esté, se evapora tan furtivamente que, cuando lo abres para mirar, lo único que encuentras son los restos de una fragancia que antes contenía a manos llenas...

«¿Cómo estás, mi pequeña Anouk? ¿Qué ocurre en tu extraño mundo? ¿Eres feliz? ¿Estás preocupada? ¿Contenta? ¿Cuántos días faltan para que abandones mi órbita para siempre, para que salgas disparada como un satélite solitario, desapareciendo entre las estrellas?»

Este hilo de pensamientos no es precisamente nuevo. El miedo ha sido mi sombra desde que nació Anouk, pero este verano ese miedo ha crecido, floreciendo monstruosamente con el calor. Quizá se deba a la madre que perdí... y a la que encontré hace cuatro años. O tal vez sea por el recuerdo de Zoïe de l'Alba, el ladrón de corazones, que casi me lo robó todo y me demostró lo frágiles que pueden ser nuestras vidas, lo fácil que es que se venga abajo el castillo de naipes con el más leve soplo de viento.

Quince. Quince. A su edad, yo casi había dado la vuelta al mundo. Mi madre se estaba muriendo. La palabra *hogar* significaba cualquier lugar donde pasáramos la noche. Nunca hice ningún amigo de verdad. Y el amor..., bueno, el amor era como las antorchas que arden en las terrazas de los cafés por la noche: una fuente de calor fugaz, un roce, un rostro entrevisto a la luz del fuego.

Espero que Anouk sea diferente. Ya es muy hermosa, aunque no sea demasiado consciente de ello. Un día se enamorará. Y entonces, ¿qué será de nosotras? En cualquier caso, me digo, aún queda tiempo. Hasta ahora, el único chico de su vida es su amigo Jean-Loup Rimbault, del que normalmente no se separa, aunque este mes ha tenido que ingresar en el hospital para someterse a otra intervención. Jean-Loup nació con un problema de corazón. Anouk no habla de ello, pero yo entiendo su miedo. Es como el mío: una sombra que se arrastra, la certeza de que nada dura eternamente.

En ocasiones, aún habla de Lansquenet. Aunque aquí es bastante feliz, París parece más una parada en un camino aún no recorrido por completo que un hogar al que ella siempre volverá. Obviamente, una casa flotante no es un hogar; le falta la convicción de los ladrillos y el cemento. Y Anouk, con la curiosa nostalgia que padece la gente muy joven, recuerda en tonos rosados la pequeña *chocolaterie* situada frente a la iglesia, con su toldo de rayas y su rótulo pintado a mano. Y tiene una mirada melancólica cuando habla de los amigos que ha dejado atrás: de Jeannot Drou y Luc Clairmont, y de las calles por las que no da miedo pasear de noche, y de las puertas de las casas que nunca se cierran con llave...

No debería estar preocupada, lo sé. Mi pequeña Anouk es reservada, pero a diferencia de muchos de sus amigos, le sigue gustando la compañía de su madre. Aún estamos bien juntas. Y pasamos

buenos ratos. Sólo nosotras dos, acurrucadas en la cama, mientras veo un difuso Pantoufle por el rabillo del ojo, y la pantalla del televisor portátil proyecta sus parpadeantes y misteriosas imágenes en los cristales oscuros, mientras Rosette se sienta en la cubierta con Roux, pescando estrellas en el silencioso Sena.

Roux se está aficionando a la paternidad. Lo cierto es que no me lo esperaba, pero Rosette –tiene ocho años y es su viva imagen– parece haber sacado a flote algo de Roux que ni Anouk ni yo podríamos haber imaginado. En realidad, hay momentos en que pienso que es más de Roux que de nadie; tienen un lenguaje secreto –hecho de bocinazos, gritos y silbidos– que pueden emplear durante horas y que nadie comparte, ni siquiera yo.

Aparte de eso, mi pequeña Rosette sigue sin hablar demasiado; prefiere el lenguaje de signos que aprendió siendo una niña, con el que es muy competente. Le gustan el dibujo y las matemáticas; sólo tarda unos minutos en resolver el sudoku de la última página de *Le Monde* y es capaz de sumar un montón de cantidades sin ni siquiera tener que escribirlas. En una ocasión intentamos mandarla a la escuela, pero fue un fracaso total. Aquí, las escuelas son demasiado grandes e impersonales para asumir un caso especial como el de Rosette. Ahora es Roux quien le enseña, y aunque su currículum es poco corriente, con su énfasis en el arte, los ruidos de los pájaros y los juegos de números, ella parece estar contenta. Por supuesto, no tiene amigos –salvo Bam– y a veces la veo observar a los niños que pasan camino de la escuela, con una mirada de curioso anhelo. Pero, en general, París, debido a su carácter anónimo, nos trata bien; a veces, en un día como hoy, al igual que Anouk y Rosette, siento que deseo algo más. Algo más que una barca en un río que apesta; algo más que esta caldera de aire viciado; algo más que este bosque de torres y agujas. O que la diminuta cocina donde preparo mi chocolate.

Más. ¡Oh, qué palabra! Una palabra engañosa. La devoradora de vidas; la insatisfacción. La gota que colma el vaso, exigiendo..., ¿qué, exactamente?

Soy feliz con mi vida. Soy feliz con el hombre al que amo. Tengo dos hijas maravillosas y un trabajo que se supone que me gusta. No da demasiado dinero, pero ayuda a pagar el amarre. Por su parte, Roux hace trabajos de albañilería y carpintería para mantenernos

a flote. Todos mis amigos de Montmartre están aquí: Alice y Nico; madame Luzeron; Laurent, del pequeño café, y Jean-Louis y Paul, los pintores. Incluso tengo a mi madre cerca, la madre que durante muchos años pensé que había perdido...

¿Qué más podría pedir?

Todo empezó el otro día, en la cocina. Estaba preparando trufas. Con este calor, sólo pueden prepararse trufas; todo lo demás corre el riesgo de estropearse, ya sea debido a la refrigeración o al calor que lo invade todo. Hay que templar la masa de cacao en la losa, calentarla ligeramente en el fuego y añadir especias, vainilla y cardamomo. Luego, hay que esperar el momento justo, transmutando la mera cocina en un acto de magia doméstica.

¿Qué más podría haber deseado en ese instante? Bueno, puede que un poco de brisa; una brisa muy ligera, como un beso en la nuca, donde mi pelo, recogido en un desordenado moño, empezaba a picarme por culpa del sudor...

La más ligera de las brisas. ¿Qué? ¿Qué daño podría causar eso?

Por eso llamé al viento..., sólo un poco. Ese vientecillo cálido y juguetón que asusta a los gatos y persigue a las nubes.

*V'là l'bon vent, v'là l'joli vent,
V'là l'bon vent, ma mie m'appelle...*

En realidad no fue nada; tan sólo una pequeña ráfaga de viento y hechizo, como una sonrisa en el aire que trae consigo un lejano aroma de polen, especias y pan de jengibre. Lo que realmente quería era barrer las nubes del cielo del verano, atraer el aroma de otros lugares a mi rincón del mundo.

V'là l'bon vent, v'là l'joli vent...

En la orilla izquierda, los envoltorios de los caramelos volaban como si fueran mariposas, y el viento juguetón levantó la falda de una mujer que cruzaba el Pont des Arts, una mujer musulmana con el *niqab* cubriéndole el rostro, de esos que actualmente se ven a montones; vislumbré algunos colores bajo el largo velo negro, y sólo por un momento creí ver un contoneo en el aire abrasador y las sombras

de los árboles mecidos por el viento garabateando dibujos abstractos sobre la polvorienta superficie del agua...

V'là l'bon vent, v'là l'joli vent...

La mujer bajó los ojos y me miró desde el puente. No pude verle la cara, sólo los ojos, pintados con kohl bajo el *niqab*. Por un instante la vi mientras me observaba, y me pregunté si la conocía de algo. Levanté la mano y la saludé. Entre las dos, el Sena y el olor del chocolate colándose por la ventana abierta de la cocina.

Pruébame. Saboréame. Por un momento pensé que iba a devolverme el saludo. Bajó sus ojos oscuros y se dio la vuelta. Y entonces desapareció por el puente; una mujer sin rostro vestida de negro, arrastrada por el viento de ramadán.

CAPÍTULO 3



Viernes, 13 de agosto

No es frecuente que alguien reciba carta de un muerto. Una carta de Lansquenet-sous-Tannes; en realidad, una carta dentro de otra carta, depositada en nuestro apartado de correos –las casas flotantes no reciben el correo, por supuesto– que revisa Roux todos los días cuando va a comprar el pan.

–Sólo es una carta –me dijo, encogiéndose de hombros–. No tiene por qué significar nada.

Pero el viento estuvo soplando día y noche, y nosotros siempre hemos desconfiado del viento. Hoy era racheado y variable, puntuando el silencio del Sena con pequeñas comas de turbulencia. Rosette estaba inquieta; no paraba de dar saltos por el muelle y jugaba con Bam junto a la orilla. Bam es el amigo invisible de Rosette..., aunque no siempre es invisible. Bueno, no lo es para nosotros, en cualquier caso. Incluso los clientes suelen verlo a veces en días como éste, observando desde un puente o en un árbol, colgado de la cola. Evidentemente, Rosette lo ve a todas horas..., pero, claro, Rosette es diferente.

–Sólo es una carta –repitió Roux–. ¿Por qué no la abres y la lees?

Yo estaba terminando la última trufa que quedaba antes de meterlas en las cajas. En circunstancias normales ya es muy difícil mantener el chocolate a la temperatura adecuada, pero en una barca, con tan poco espacio, es mejor no complicarse la vida. Las trufas son muy fáciles de preparar, y el cacao en polvo en el que se envuelven ayuda a mantener la textura del chocolate. Las guardo debajo del mostrador, junto a las bandejas de viejas herramientas oxidadas

(llaves inglesas y destornilladores, tuercas y tornillos), tan reales que jurarías que son de verdad y no hechas de chocolate.

–Han pasado ocho años desde que nos fuimos de allí –dije, mientras daba forma a la trufa con la mano–. De todos modos, ¿de quién será? No reconozco la letra.

Roux abrió el sobre. Él siempre hace lo más lógico. Siempre al momento; la especulación no es lo suyo.

–Es de Luc Clairmont.

–¿Del pequeño Luc?

Recordé a un adolescente desmañado, paralizado por su tartamudez. Dando un respingo, pensé que Luc ya debía de ser un hombre. Roux desplegó el papel y empezó a leer:

Queridas Vianne y Anouk:

Ha pasado mucho tiempo. Espero que os llegue esta carta. Como sabéis, cuando murió mi abuela, me lo dejó todo a mí, incluida la casa, el dinero que tenía y un sobre que no debía abrir hasta que cumpliera veintiún años. Eso fue en abril, y en su interior estaba esto. Iba dirigido a vosotras.

Roux guardó silencio. Me di la vuelta y vi que sostenía un sobre liso, blanco, arrugado, marcado por el paso de los años y por el toque de unas manos vivas en una hoja muerta. Y ahí estaba mi nombre en tinta azul negra, escrito por la mano de Armande, artrítica, arrogante, meticulosa...

–Armande –dije.

Mi querida y vieja amiga. Qué extraño (y qué triste) me resulta saber de ti ahora. Y abrir el sobre, romper un sello que el paso del tiempo ha vuelto frágil; un sobre que debiste haber lamido, como lamías la cuchara de azúcar en tu taza de chocolate, alegre y golosa, como una niña. Siempre veías mucho más allá que yo, y me obligaste a ver, me gustara o no. No estoy segura de estar preparada para descubrir lo que hay en esta carta que llega desde el más allá, pero tú sabes que, a pesar de todo, voy a leerla.

Querida Vianne (dice).

Puedo oír su voz. Seca y dulce como el cacao en polvo. Recuerdo el día en que llegó el teléfono a Lansquenet. ¡Sí! Fue una auténtica con-

moción. Todo el mundo quería probarlo. Al obispo, que tenía uno en su casa, lo inundaron de regalos y sobornos. En fin, si pensaban que aquello era un milagro, imagínate qué les parecería esto. Yo, hablándote desde ultratumba. Y, en el caso de que te lo estés preguntando, sí, en el Paraíso hay chocolate. Dile a *Monsieur le Curé* que te lo he dicho yo. A ver si ha aprendido a encajar una broma.

Dejé de leer un momento y me senté en uno de los taburetes de la cocina.

—¿Estás bien? —me preguntó Roux.

Asentí con la cabeza y proseguí.

Ocho años. Pueden ocurrir muchas cosas, ¿verdad? Las niñas pequeñas empiezan a hacerse mayores. Las estaciones cambian. La gente sigue con su vida. ¡Mi nieto ya ha cumplido veintitún años! Una buena edad, lo recuerdo muy bien. Y tú, Vianne..., ¿has seguido con tu vida? Estoy segura de ello. No estabas preparada para establecerte, lo cual no significa que no lo hagas algún día... Si encierras a un gato, lo único que querrá es volver a salir. Y si lo dejas fuera, maullará para volver a entrar. La gente no ha cambiado tanto. Ya lo descubrirás, si es que vuelves algún día. ¿Y por qué ibas a hacerlo? Te estoy oyendo mientras te lo preguntas. Bueno, no pretendo adivinar el futuro. En cualquier caso, no con exactitud. Pero en su momento le diste una buena lección a Lansquenet, aunque no todo el mundo lo comprendiera. Aun así, los tiempos cambian. Y eso lo sabemos todos. Y hay algo que es irrefutable: tarde o temprano, Lansquenet te necesitará de nuevo. Sin embargo, no puedo contar con que sea nuestro terco *curé* quien te diga cuándo. Así que, hazme un último favor. Vuelve a Lansquenet y llévate a las niñas. Y a Roux, si está aquí. Lleva unas flores a la tumba de una vieja dama. Pero no de la tienda de Narcisse, sino flores de verdad, del campo. Saluda a mi nieto. Y tómate una taza de chocolate.

Ah, y una cosa más, Vianne. En mi casa había un melocotonero. Si vas en verano, la fruta ya estará madura y lista para coger. Dale un poco a las niñas. No me gusta que se la coman toda los pájaros. Y recuerda: todo vuelve. Al final, el río lo devuelve todo.

Con todo mi amor, como siempre,
Armande

Me quedé mirando la hoja durante un largo rato, escuchando los ecos de su voz. La había oído muchas veces mientras dormía, balanceándose en el límite del sueño, su vieja y seca carcajada en mis oídos y su olor (a lavanda, a chocolate, a libros viejos) cubriendo el aire con su presencia. Dicen que la gente no muere mientras se la recuerda. Quizá sea por eso por lo que Armande sigue estando muy presente en mi mente: sus ojos, como bayas oscuras; su descaro; las enaguas rojas que llevaba bajo su vestido de luto. Y es por eso por lo que no puedo negarle lo que me pide, aunque quisiera hacerlo, aunque me había prometido a mí misma que nunca volvería a Lansquenet, el lugar que más he amado, el lugar donde casi conseguí establecerme, pero del que el viento nos había alejado, dejando allí una parte de nosotros...

Y ahora, ese viento vuelve a soplar. Sopla desde el más allá, acompañado de un agradable olor a melocotón...

Llévate a las niñas.

Bueno, ¿y por qué no?

«Tómalo como unas vacaciones», me dije. Una excusa para dejar atrás la ciudad, para ofrecerle a Rosette un lugar donde pueda jugar y a Anouk la oportunidad de volver a ver a sus viejos amigos. Y sí, *echo de menos* Lansquenet: sus casas de color pardo las callejuelas que descienden tambaleándose hasta el Tannes, las estrechas tiras de campos de cultivo que se extienden a través de las colinas azules. Y Les Marauds, donde vivía Armande; las viejas y desiertas curtidurías; las casas con entramado de madera, abandonadas, que se inclinan como un borracho sobre el camino del Tannes, donde los gitanos amarraban sus barcas y encendían hogueras junto a la orilla del río...

Vuelve a Lansquenet y llévate a las niñas.

¿Qué puede haber de malo en ello?

Nunca prometí nada. Nunca tuve intención de cambiar el viento. Pero si se pudiera viajar a través del tiempo y encontrarte a ti misma como solías ser, ¿no intentarías, al menos una vez, darte algún consejo? ¿No querrías hacer las cosas bien? ¿Demostrarte que no estás sola?